

GENTES Y PAISAJES DE LA ESPAÑA DE 1760 EN LAS CARTAS DE GIUSEPPE BARETTI *

DE vez en cuando estudiosos de la literatura italiana vuelven a subrayar la oportunidad de revalorizar la obra que juzgan como la más importante de una de las personalidades más representativas del setecientos italiano, Giuseppe Baretti, esto es, *A Journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France*: lo hizo entre otros, y con particular empeño, todavía a fines del ochocientos, Vittorio Cian, muy conocido cultor de los estudios italo-españoles. Es sabido que ese diario de viaje, al cual el escritor dio forma de cartas que imagina escritas a sus hermanos, fue publicado en Italia sólo parcialmente (hasta la carta 47 incluida) en 1762 (por queja de las autoridades diplomáticas de Portugal en Italia, que se habían sentido ofendidas por apreciaciones de Baretti sobre su país), completo en Londres en 1770, completo en Italia solamente en los años 1830-31 y en edición crítica no antes de 1941. La intensidad humana y la vivacidad de pareceres en Baretti, como se revelan también en su primera experiencia en tierras de España, se nos presentan actuales, en la renovada atención hacia el setecientos y en la exigencia de que se conozca más profundamente también la España de aquel siglo; y al tomar nota del contenido de tales cartas nos parece que puede dar una contribución no pequeña, aunque episódica, para un mayor conocimiento de la España de entonces.

Las quince primeras de aquellas cuarenta y siete cartas ¹ no se refieren a la Península Ibérica o, si se refieren a ella, lo hacen sólo de una manera casual y fragmentaria, como documento de cómo va aumentando el aburrimiento de Baretti durante el viaje marítimo de Falmouth a Lisboa. Se narra luego, en las cartas dieciséis a treinta y seis, escritas entre Lisboa y la villa fronteriza de Elvas, el encuentro con Portugal. La última, empero, de ellas

¹ Nos servimos de la edición del editor romano Colombo (1944), que reproduce, sin indicar el nombre de quien la ha preparado, las cuarenta y siete cartas publicadas por el autor en italiano, precedidas por el prólogo del primer editor milanés de 1762, Giuseppe Richino Malatesta: tiene por título de conjunto el de *Lettere dal Portogallo*.

se refiere ya también a España, en el cuento tan animado sobre la noche pasada en una posada de Elvas, gozando el espectáculo de las danzas endiabladas de un grupo de mujeres y hombres portugueses y españoles. Está entre las mujeres aquella joven Catalina (una de las tres jóvenes venidas de más allá de la frontera, de Badajoz, con una vieja y con “alcuni maschi lor parenti a veder la fiera”), que Baretti define “bella, bella, bella”, que “sarebbe bella come la Venere de’ Medici, se la venere de’ Medici fosse di carne non di marmo”: viendo a esta Catalina —y, más aún, a una hermana de ella— bailar, y oyéndolas cantar, el escritor, agotado por el viaje y por las precedentes cuatro noches portuguesas, pasadas casi sin pegar los ojos, no piensa “più né a gallinaccio né a pagliaccio, né a cos’altra di questo mondaccio”. Es el primer encuentro, muy significativo, de Baretti con una España hecha de mujeres hermosas y provocadoras, que turba de repente y profundamente sus cuarenta años bien cumplidos (pero él nos cuenta todo esto con un matiz de una siempre controlada ironía; como, por ejemplo, cuando, a la mañana siguiente, la hermana de Catalina lo deja atolondrado con un besito inesperado, y Baretti tiene apenas el tiempo para devolvérselo, cuando ya ha desaparecido como un rayo, y él comenta: “M’ha lasciato non vi posso dir come! Oh povero me, come m’ha lasciato! Se la prima spagnuola che ho vista anche prima di metter piede in Ispagna m’è venuta a sconvolgere le interiora in questo crudel modo, come farò io per portarmi il cuore a casa senza averlo tutto crivellato?”), y que, si por un lado nos recuerda un motivo tradicional de los viajeros a España, por el otro aparece sin duda espontáneo y sincero.

Igualmente sincero y al mismo tiempo velado de ironía es el de la despedida de Portugal la mañana siguiente, y ese motivo se confunde gustosamente con el de las muchachas españolas, cuando, después de haber pasado el torrente Caya que marca el confín entre los dos países, lamentando que por cierto aquellas hermosas chicas no puedan pasarlo sobre sus burritos, porque había crecido con las lluvias, Baretti no puede dejar de levantarse en su calesa, “e volgendo la faccia a quel Portogallo che avevo testè abbandonato: Oh Portoghesi, Portoghesi, esclamai, faccia il Cielo che nè il terremoto nè il Baretti vi visitino mai più in eterno!” (carta 57).

Sin embargo, la diferencia entre las posadas portuguesas, que ha probado, y las españolas que está probando, no es tan grande: en Badajoz, en Talaveruela (que el escritor llama Talaverola)— adonde llega vadeando el Guadix—, y continuando hacia el interior del país, éstas le quitan algo de su entusiasmo por España; por otra parte, por lo menos en ciertas zonas del paisaje, él se alegra sea de la naturaleza sea del trabajo que el hombre

efectúa en ella, como entre Talaveruela y Mérida, donde observa “che i leandri, da noi coltivati con tanta cura ne’ nostri giardini, crescono da sé sulle rive della Guadiana”, y donde ha comprado “alcuni poponi che non hanno che invidiare a que’ di Cantalupo in Romagna, a que’ di Caravaggio in Lombardia e a que’ di Cambiagno in Piemonte” (y se enoja con su camarero, que ha tirado las semillas de dichas sandías, que él hubiera querido “seminare in più parti d’Italia per contribuire alla propagazione pel mondo delle cose buone”) (carta 40).

Junto a la vivacidad “asesina” de las mujeres, Baretto recoge el regocijo de los niños, que en las aldeas, desahogando libremente las exigencias de su edad y, no menos, de su raza, se agolpan en rededor para que les deje escuchar el tic-tac del reloj y para que les dé calderilla. Lo que a menudo, empero, no funciona en aquellas tierras, según deducimos de las descripciones de Baretto, son las carreteras: las seis leguas entre Talaveruela y Trujillo (que Baretto escribe Truxillo) se encuentran en tal estado que él ha acabado por recorrerlas a pie, “eppure con pochissima spesa si potrebbono quelle vie rendere buonissime”; en las mismas condiciones se encontrará luego, también entre Trujillo y Zarayzejo, en la Sierra de Mirabete, donde en cierto punto una rueda de la calesa marcha monte abajo, siguiéndola uno de los caleseros, los mulos y los baúles (cartas 43 y 44). Y en Trujillo encuentra una posada buena pero “tutta piena di pianto, perché il vaiuolo ha ammazzato alla *posadera* due figliuoli stamattina” (carta 42). Y este episodio penoso da a Baretto ocasión para tejer el elogio de su admirada Inglaterra, donde ya se practica la vacunación: y el escritor nos entretiene mucho sobre las circunstancias por las cuales Inglaterra se ha merecido el primado a este propósito en Europa, gracias al coraje de la esposa de un embajador en Turquía, Lord Montague, quien, habiendo conocido las costumbres de los habitantes de la Georgia y de la Circasia, se atrevió a hacer vacunar a sus hijos (pero Baretto no nos dice —¿por ignorancia?, ¿por distracción?, ¿con intención?— que también en Italia entonces ya se vacunaba, por lo menos desde 1755).²

Contemplando, durante un momento del viaje, “in vetta a un monte altissimo”, el castillo de Mirabete, obra de los moros, el escritor exclama airado que es una “vergogna” que los extranjeros sepan tan poco de España, y que es una “vergognosissima” (y con esto, el singular escritor del

² Véase Pietro Capparoni, “La parte presa dal greco Pilarino per la conoscenza dell’innesto vaiuoloso nella profilassi contro il vaiuolo in Italia”, en *O Istituto*, Coimbra, vol. 121 (1959), págs. 211-225.

setecientos previene las audacias lingüísticas del novecientos, e inventa superlativos de substantivos —que hasta coinciden curiosamente con los superlativos de los adjetivos correspondientes...—) que tan poco sepan de ella los españoles: “de’ Moreschi e de’ loro costumi, verbigrazia, non si può dire quanto siano all’oscuro; eppure tutta Spagna n’era piena tre secoli fa” (carta 44). El desahogo de Baretto sobre este argumento es largo: en toda la literatura precedente no se encuentra más que a Navagero que se haya ocupado de los moros. No profundiza el argumento; pero, aparte lo genérico de su constatación, Baretto se une a los escritores más adelantados del setecientos, que vuelven a descubrir el pasado árabe de España, y que sienten y proclaman la exigencia de volver a tomar en consideración su importancia por lo que se refiere a la historia local y general. (Recordemos, por ejemplo, la revalorización que de tal pasado estaban efectuando en aquellos años los ex jesuitas españoles que vivían y escribían en Italia, de Andrés a Arteaga.)

Pero en el temperamento factivo, optimista y batallador de Baretto incluso los reproches están hechos para bien. Le parece que con algo más de atención España tendría la posibilidad de hacer muy buen papel desde el punto de vista de la historia, incluso por lo que se refiere a los árabes (es interesante a este respecto una referencia del escritor “alle antiche canzoni e romanzi e cronache spagnole”), y, con algo más de atención, “se un re di Spagna sapesse che paese è il suo, presto sarebbe il più potente re del mondo, perché se si badasse in queste sue provincie alle acque solamente e all’agricoltura, la Spagna potrebbe mantenere assai milioni di gente più che non mantiene, come era il caso pochi secoli fa”. Ejemplifica esto con la admiración de las encinas “glandíferas” de estas tierras de Extremadura (está todavía en la región de Mirabete, entre Trujillo y Zarayzejo), tan aptas a la cría de los cerdos que, con sólo que se cuidasen un poco más, “poca parte di questa Spagna basterebbe a provvedere mezza Europa di prosciutti... e i prosciutti di Spagna, come que’ di Portogallo, sono cosa regalatissima”. Está bien que el pueblo español sea “il popolo più sobrio del mondo, vuoi nel mangiare o vuoi nel bere”; pero bastaría que fuese un poco más activo para poder no serlo. Y a este propósito se lamenta también del estado primitivo de la agricultura, de las miserables instalaciones que aún se usan para regar uno y otro terreno (después de tanta actividad agrícola desarrollada por los árabes...): y si tenemos presente que algunos años después de estas observaciones de Baretto también en España se notará una nueva fase decisiva de atenciones por estos problemas de la

agricultura (recordemos, entre todos, a Jovellanos), estas observaciones de Baretti (carta 44) se nos revelan y nos suenan oportunísimas.

En condiciones algo mejores Baretti encuentra a los habitantes de Castilla, entre Oropesa y Talavera de la Reina. En Oropesa el desinterés absoluto del joven lord inglés, del cual es compañero de viaje, por cualquier enriquecimiento interior e intelectual, le impide subir al convento y al castillo y conocer a la condesa de este último, satisfaciendo de este modo el deseo de “notare un poco i modi d’una grandissima dama spagnuola, quando si sta in villeggiatura in un luogo che le appartiene, e quai segni di sussiegata affabilità dia a’ suoi vassalli, e quai doveri le sieno resi da que’ vassalli, quando essa fa loro la grazia di venir a stare alcun tempo con ess”: y su persistente y natural deseo de conocer y saber queda insatisfecho. Del paisaje hacia Talavera, Baretti subraya la “vaghezza meravigliosa” por la naturaleza y la vegetación; y subraya también el magnífico resultado obtenido por una fábrica de seda construida en aquella villa ya algunos años antes por unos franceses, “sul modello di quelle di Lione” (carta 47). La referencia es sobremañera interesante; pues con ella Baretti interviene también en el complicado problema del fuerte retraso industrial de la Península Ibérica en el setecientos —Portugal se encuentra notoriamente en condiciones análogas a las de España—, retraso debido a varias causas, como la política de los Habsburgo o las dificultades creadas por Inglaterra a causa de intereses económicos: problema cuya trascendencia entonces ya daba en los ojos de los españoles y portugueses y, no menos, de los extranjeros que visitaban aquellos países.³

Cuando más tarde llegó a Madrid, Baretti se sentía ya capaz (aunque con la acostumbrada modestia del hombre que juzga solamente las cosas sobre las cuales le parece poderlo hacer) de ocuparse de argumentos literarios de España: ya una de las primeras entre las cartas sucesivas a las publicadas en 1762 en Italia, la 57, tiene, a estos efectos, importancia transcendental por la intervención de su autor en aquella literatura, en primer

³ Se hace referencia a la cuestión también en otros escritos —passim— del autor de esta comunicación: “Il Portogallo del Settecento visto dal cardinal Pacca” en *Ibérica*, Rio de Janeiro, 5 (Junho, 1961), págs. 157-170; “Il Portogallo del 1822 visto da Giuseppe Pecchio” en *Aufsätze zur portugiesischen Kulturgeschichte*, Münster-Westfalen, 2. Band, 1961, págs. 237-254; La Spagna del biennio 1821-1822 vista da Giuseppe Pecchio en *Romania*, Scritti offerti a Francesco Piccolo, Napoli, Armani, 1962, págs. 401-425; “La *Gazeta Literaria* del Padre Francisco Bernardo de Lima, Porto, 1761-1762”, en *Annali - Sezione Romanza*, Napoli, IV, 1 (enero 1962), págs. 113-134.

lugar por la intuición que él demuestra de aquel teatro (entre otras cosas aconseja la lectura de Lope y Calderón, colocándose así al lado de los todavía no muchos pensadores y escritores españoles que, aunque a través de comprensibles perplejidades y contradicciones —desde los Cadalso y Jovellanos hasta los jesuitas exilados en Italia⁴—, están abriendo el camino, ya antes de la acción clara y decisiva de los hermanos Schlegel, redescubridores de la literatura española, al inminente romanticismo). Pero, de hecho, todo esto ya forma parte de la actividad de Baretti como hombre de letras, actividad que, por lo que se refiere a España, se concretaría más tarde con obras de varia índole, de una traducción parcial del *Quijote* al inglés a los *Speeches to John Bowle about his edition of "Don Quijote"; together with some account of Spanish literature* (Londres, 1786), de *A Dictionary, Spanish and English, and English and Spanish* (Londres, 1778) a la perdida *Dissertacion Epistolar acerca unas obras de la Real Academia Española* (Londres, 1784). No teníamos aquí la intención de llegar a subrayar los aspectos literarios y filológicos del hispanismo de Baretti, como hemos dicho inicialmente, queríamos limitarnos a poner al lector de hoy frente a las reacciones inmediatas del hombre Baretti en su primer contacto con gentes y paisajes de España: reacciones que una vez más documentan, con sugestiva gracia, en la capacidad de valoración desapasionada del siempre actual escritor, su constante y más evidente característica: el buen sentido.

GIUSEPPE CARLO ROSSI

Instituto Universitario Oriental de Nápoles.

⁴ Véase, del autor de esta comunicación, "Calderón nella polemica settecentesca degli 'autos sacramentales', en *Studi mediolatini*, Bologna, I (1953), págs. 197-224, y "Calderón nella critica spagnola del Settecento", en *Filologia Romanza*, Torino, anno II (1955), núm. 5, págs. 20-66.